

Fiesta y propaganda en la Granada Barroca: celebraciones en el Colegio de los jesuitas durante el siglo XVII¹

Feast-days and propaganda in Baroque Granada: celebrations in the Jesuit school in the 17th century

Gómez-Moreno Calera, José Manuel *

Fecha de terminación del trabajo: julio de 2000.

Fecha de aceptación por la revista: noviembre de 2000.

C.D.U.: 061 (460.357) "16"; 7.034.7.01; 792 (460.357) "16"

BIBLID [0210-962-X(2001); 32; 209-227]

RESUMEN

En el presente estudio se recogen las principales celebraciones festivas o expiatorias que tuvieron lugar o fueron promovidas por el Colegio de San Pablo de Granada, durante el siglo XVII, con el doble propósito de aportar, por un lado, nuevos datos sobre la fiesta barroca y su complejo carácter ideológico-catequético, y, por otro, mostrar cómo todas estas actividades tenían un marcado carácter propagandístico que redundaba en pingües beneficios para la instituciones promotoras, en nuestro caso los jesuitas.

Palabras clave: Arte barroco; Fiesta barroca; Arte efímero; Celebraciones.

Identificadores: Colegio de San Pablo (Granada).

Topónimos: Granada; España.

Período: Siglo 17.

ABSTRACT

This article describes the main religious feast-days or days of atonement celebrated at St. Paul's Church in Granada during the 17th century. The aim is to provide new information about baroque feast-days and their ideological or doctrinal nature, on the one hand, and on the other to show how all these activities served the purpose of propaganda, which provided religious institutions—in this case the Jesuits—with considerable profits.

Keywords: Baroque art; Baroque festivals; Ephemeral art; Celebrations.

Identifier: St. Paul's School (Granada).

Place names: Granada; Spain.

Period: 17th century.

* Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

La profunda crisis que vive la sociedad española en el siglo XVII, la enorme pobreza, epidemias y angustias de todo tipo que se producen en este periodo, hacen que todos los esfuerzos se vuelquen en buscar la intervención divina como remedio a tanta miseria, viendo ya imposible su alivio por medios puramente humanos y perdida la fe en una monarquía que se derrumba. En este estado de cosas, la Iglesia se convierte en el estamento más favorecido, puesto que, ante la necesidad de invocación a fuerzas sobrenaturales para buscar la salvación eterna, la acción de los mediadores de la fe era fundamental. Centrándonos en el caso de Granada y adelantándonos en el tiempo, durante el siglo XVI el principal protagonismo en el control religioso lo detenta el clero secular, que en cierta medida se convierte en la médula espinal de la organización social (las parroquias), en un territorio complejo que ha necesitado repoblarse y por tanto reestructurarse por completo tras la Conquista. Junto a ellos aparecen algunas órdenes religiosas que en la política de los Reyes Católicos cumplen un papel decisivo, como fue el caso de los franciscanos y dominicos, y algunos monasterios dedicados a la vida contemplativa. Mediado el siglo se produce la llegada de los jesuitas, los cuales desarrollan una completa y compleja dedicación docente y pastoral que abarca todos los ámbitos de la sociedad, tanto sectorial como territorial, lo cual hace que su implantación encuentre importantes apoyos y su prestigio se aquilate en muy poco tiempo.

Finalizando el siglo XVI, los cambios ideológicos y sociales, la llegada de los descalzos y en general la gran expansión del clero regular hacen que paulatinamente el protagonismo pase a ellos. Esta preeminencia fue posible gracias a una estrategia bien planteada, una sólida formación intelectual y teológica, y el perfecto aprovechamiento de los subconscientes colectivos. Es decir, el ascenso del clero regular en detrimento del secular no fue accidental, sino consecuencia de una mayor preparación y mejor predisposición a servir y adaptarse a las necesidades vivenciales y espirituales de los fieles. Al mismo tiempo, tuvieron la proverbial habilidad de conseguir el apoyo de todos los estamentos que integraban la población, desde las más altas instituciones, incluyendo la nobleza y los ricos comerciantes, hasta el último artesano, campesino o mendigo. El punto de inflexión de influencia de ambos poderes se ve representado, en el caso de Granada, en las figuras de los arzobispos Pedro de Castro y Pedro González de Mendoza que ocuparían la silla episcopal de manera consecutiva, de 1591 a 1616. En el caso de Castro (1591-1610), todo su empeño se dirigió a potenciar el clero secular y el papel del propio arzobispo en el control espiritual y temporal del clero, imposibilitando la implantación de nuevas órdenes en la ciudad de Granada. Su paso en 1610 a la sede sevillana y el nombramiento de González de Mendoza, el cual pertenecía a la orden franciscana, hará que cambie radicalmente esta situación, aprobando y apoyando numerosas fundaciones en los años en que él fue arzobispo, como fueron los trinitarios descalzos, mercedarios descalzos, capuchinos, capuchinas, basilios y agustinos descalzos². En cierta medida, la actitud de Pedro de Castro se puede considerar el canto de cisne de esta política de reforzamiento del clero secular y de la parroquia como centro neurálgico sociorreligioso, pasando en lo sucesivo a los religiosos y los conventos, que mostraban una más sólida formación, una mejor organización y se mostraron muchos más hábiles y solícitos que un clero secular peor preparado y más individualista. Muchos de los sacerdotes que ocupaban las parroquias, sobre todo las

rurales, carecían de la formación y vocación necesarias para el ejercicio de su ministerio, y las propias órdenes se encargaron, ante el pueblo y ante los poderes institucionales, de reforzar y «airear» su mejor disposición y atención a las necesidades que agobiaban a la compleja sociedad Barroca. Siendo un hecho ampliamente demostrado, y ya que este estudio se centra en el Colegio de los jesuitas, solamente indicaré el caso de la misión realizada por Pedro de León en la Alpujarra y Valle de Lecrín (y lo mismo se podría decir de todas las partes adonde iban), el cual afirmaba haber encontrado a esta pobre gente abandonada y desasistida de cualquier servicio religioso³.

Pero tampoco para los conventos la cosas fueron fáciles. Conseguida su implantación, siempre impugnada por los que ya lo estaban con anterioridad, cada uno planteó su política de supervivencia física y espiritual de forma muy desigual, pero fundamentalmente buscando el apoyo de patrocinadores que soportaran la institución y una clientela que justificara su necesidad pastoral. En esta pugna por encontrar su espacio vital se produjeron importantes controversias y denuncias por motivos tan fútiles como el realizar pinturas de milagros no ocurridos, pedir limosna en lugares vedados, o hasta el lugar que debían ocupar las distintas órdenes en una procesión, dándose el caso en Loja de que por ser todos los conventos de franciscanos el problema estaba en si prevalecía la fundación en la ciudad o la primacía de la orden en el contexto general (hay incluso libros impresos sobre esta polémica). En todo caso, es un hecho evidente —y es el hilo conductor de nuestra reflexión— que todas las órdenes religiosas cuidaron minuciosamente lo que hoy llamaríamos el «aparato de propaganda» para aumentar y reforzar lo más posible su prestigio, puesto que del apoyo de la población dependía su supervivencia. En esta compleja trama de recursos propagandísticos entraba de manera intensiva el arte en sus diferentes formas y niveles, bien el arte efímero, bien el arte perdurable, y complementariamente la literatura, las famosas *Relaciones* y *Memorias*, que venían a recoger los eventos y hechos que se relacionaban con el devenir del convento. Estos textos, en ausencia muchas veces de la propia obra de arte y extinguidos los esplendores del aparato festivo, se convierten en apoyo inestimable del investigador artístico para recuperar su presencia y valor. De ahí el predicamento y auge que ha experimentado en las nuevas generaciones investigadoras el entrar en este bosque tan fecundo como a veces complejo de descifrar.

No es nueva la consideración del arte Barroco como el arte de la propaganda. Ya Weisbach definió de manera magistral los factores de insinuación, excitación, impresión y desconcierto que la iglesia barroca y su ritual producía en los fieles de la época. La configuración del templo y su capacidad de integración de todos los resortes plásticos y sonoros creaba una dinámica de teatralidad, en la que el lujo, el misterio y el drama adquirirían todo su valor de invención y emoción. Lo que se ha acuñado en frase feliz de la «teatralidad del barroco» (fue Emilio Orozco su más ferviente y mejor definidor) no es sino la concreción o dramatización del propio misterio de la Misa y la definición de una liturgia compleja (siempre lo fue) en la que se buscaba más la hipnosis y la catarsis que la formación y la comprensión. No era tan importante una mente reflexiva como un corazón admirado, unos ojos deslumbrados, unos oídos aturridos y unas manos abiertas, tanto para dar como para recibir⁴. El arte se convierte en pura Retórica, la liturgia en parafernalia, la arquitectura en artificio, y para cumplir los sublimes objetivos de la persuasión se aúnan todos los resortes

a su alcance: sermones, música, procesiones, fuegos, artes plásticas y montajes efímeros que resuenan en los templos, fortalezas, calles y plazas. Dichos resortes fueron conocidos y manipulados por la mayoría de los gobernantes, fueran civiles o religiosos, pero en realidad los definieron y controlaron un selecto grupo de mentes privilegiadas (así lo entiendo yo), que supieron modelar los subconscientes colectivos, creando primero la necesidad y luego nutriéndola. Y esto ha sido así desde que el hombre es hombre y en todas las sociedades y culturas, y está lejos de cambiar; cambian los mecanismos o las vías de difusión, pero el sistema y procedimiento se mantiene.

Volviendo a las órdenes religiosas, una de las actuaciones más importantes para imponer su protagonismo fue la organización de fiestas, novenas, desagravios, procesiones y otras celebraciones públicas en general, las cuales adquirirían, al margen de un destacado servicio espiritual, un claro sentido de proselitismo y propaganda, unas veces aprovechando diversas circunstancias relativas al propio convento (una beatificación o canonización, una fiesta organizada por alguna Hermandad, etc.); otras, algún suceso trágico (sequías, terremotos, inundaciones, epidemias, etc.). En todo caso, cualquier evento que aconteciera de manera extraordinaria en el devenir de la ciudad, fuera desgraciado o venturoso, era argumento más que propicio para actuar inmediatamente y obtener beneficio de ello.

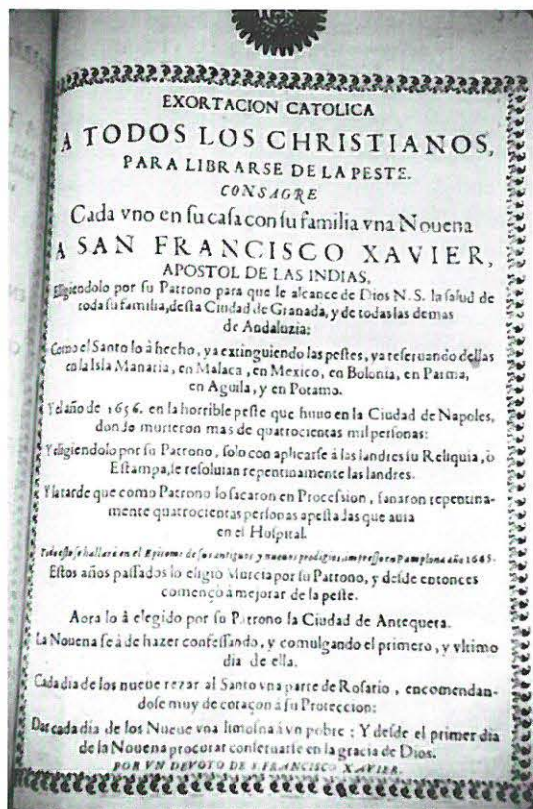
La fiesta, ya fuera religiosa o profana, venía a llenar un vacío existencial y liberaba al hombre y a la sociedad de sus miserias humanas, creando por un momento un espacio-tiempo irreal y lúdico, una «república ideal», que podría ser recuperada al final de los días y para toda la eternidad⁵. La proliferación de la fiesta en el siglo XVII fue general en toda España y no viene al caso volver a repetirlo aquí, pero sí es interesante señalar que de su frecuencia en Granada da idea el que existiera una Hermandad de altaristas y colgadores, integrada por un colectivo dedicado a la preparación de estos actos. Contrastaba esta tendencia al fasto y ostentación en dichas fiestas, con las disposiciones de la Corona, promulgando continuas pragmáticas para limitar el lujo en el vestir, las joyas y el dorado de metales, preservado exclusivamente su uso para objetos religiosos.

Sería imposible en tan limitado espacio recoger todas las celebraciones que tuvieron lugar en nuestra ciudad durante el Barroco. Por otra parte, como mi interés en este trabajo es precisamente el resaltar la dimensión de la fiesta como discurso propagandístico, voy a centrarme en las realizadas por el Colegio de la Compañía de Jesús de Granada, fundación de gran prestigio, que nos pueden servir como ilustración de un fenómeno generalizado, pero en el que los jesuitas adquirieron una especial ventaja. Su perfecta planificación y la buena formación en general de sus miembros ha provocado históricamente tanto afinidades como enfrentamientos con las esferas de gobierno, fueran laicas o religiosas, bien por celos y competencia, bien por el peligro de su independencia y el poder que llegaron a adquirir. También es cierto que precisamente por esta perfecta planificación es la que más datos documentales y literarios ha dejado de estos eventos y, además, se refuerza con el hecho de que su biblioteca paso a formar parte de la Universitaria, con lo que se han preservado mejor.

Se puede decir que la planificación y acción pastoral de los jesuitas fue la más completa y moderna en su tiempo, adecuando su labor a los distintos niveles que exigía una sociedad

con profundas diferencias sociales y culturales⁶. En el caso granadino, su actuación se centró primordialmente en: educación de los niños moriscos (casa de la Doctrina del Albaicín), acercamiento a las minorías y marginados (prostitutas, encarcelados, etc.), organización de misiones o viajes pastorales en la provincia como vía de eliminación de la ignorancia rural y formación espiritual, realización de novenas y rogativas sistemáticas, y, lo de mayor resonancia, el instituto de docencia del Colegio de San Pablo. No menor importancia para el auge de la Compañía tuvo su postura de apoyo a algunas de las causas de mayor trascendencia en el debate religioso de la ciudad, como fue el caso de la calificación de las reliquias del Sacromonte o la defensa de la Inmaculada Concepción. En ambos casos, aunque con algunas disensiones, los jesuitas apostaron por el bando a la postre ganador, circunstancia que le reportó no pocos beneficios. También es cierto que, dentro del panorama religioso de Granada en el siglo XVI, con una mediocre preparación por lo general del clero secular como ya se ha comentado, la aparición y expansión de los jesuitas fue fulgurante, adquiriendo rápidamente gran fama en la ciudad y en toda la Diócesis. En acertado juicio de Antonio Marín, don Pedro Guerrero (arzobispo de Granada de 1552-75) para administrar su arzobispado necesitaba apoyarse en un clero numeroso y selecto y «no disponía de ninguno de ambos». Las comunidades religiosas eran suficientes pero «el clero secular lo era menos y su formación espiritual y doctrinal muy deficiente»⁷. El propio Guerrero consiguió de los jesuitas que se implantaran en el Albaicín, con su casa de la doctrina para niños moriscos, cosa que no había conseguido ningún arzobispo anteriormente por razones que son fáciles de comprender⁸. De la habilidad de los jesuitas por hacerse con un hueco cada vez mayor en el complejo entramado eclesiástico granadino, es bastante ilustrativo un hecho ocurrido al poco de su llegada, hacia 1557. Con ocasión de una fiesta, se predicaba en las iglesias de Santa Ana y San Gil, y los padres jesuitas, según su costumbre «se pusieron a hacerlo en las entradas de las cuatro calles que salen a dicha plaza (Nueva), centro de la vida de la ciudad» (Obsérvese lo estratégico del lugar elegido). Entre ellos estaba el elocuente Padre Ramírez. «Se dio entonces de excepcional manera el éxito de un orador y el acudir a escucharle una multitud que había abandonado las vecinas iglesias». Este suceso originó una enconada disputa entre los jesuitas y las otras religiones y religiosos de la ciudad que derivó hacia cuestiones de profundo calado, pero que en la sustancia venían a intentar limitar la ascendencia que iban ganando los jesuitas y su hábil política⁹. No hay que comentar que fue vano intento.

Empezaremos esta rememoración de los eventos que tuvieron lugar en el Colegio de San Pablo con una somera revisión de las noticias que ofrece Henríquez de Jorquera, el cual, con proverbial perspicacia historiográfica, se apercibe de la especial importancia social de estos festejos, misiones y demás actos que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XVII (fechas que abarca esta crónica)¹⁰. La primera referencia, no estrictamente festiva pero con especial relevancia para el devenir del Colegio, fue el entierro, en 1607, de Bartolomé Veneroso en su capilla mayor «que mandó labrar a su costa»¹¹. A partir de la segunda década del XVII se producen una serie de felices circunstancias para la suerte del Colegio y de la Compañía en general, como fue la beatificación, en 1610 de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier y su canonización en 1621, lo cual fue motivo más que suficiente para celebrar unas lucidas fiestas, en las que las segundas fueron de gran



1. Anuncio en el que se invita a invocar a San Francisco Javier como patrón y protector contra la peste. Sin año.

eclesiástico y a todos los notarios que fuesen a rompelles las puertas». Viendo el cariz de los acontecimientos, los padres de la Compañía entregaron el cuerpo que estuvo guardado en la sacristía de la Catedral, pero a la postre, templado el ánimo del arzobispo, él mismo se condenó a pagar las costas del entierro y entregó su cuerpo a los jesuitas, lo cuales lo enterraron en su templo, entierro que fue «uno de los mayores que se han hecho en Granada, y se hizo..., con acompañamiento del cabildo de la santa Iglesia, parroquiales, combentos, y cofradías y así mismo le acompañó el acuerdo (de la Chancillería) y toda la nobleza de Granada»¹⁴. Podría parecer banal esta disputa y la búsqueda de cualquier resquicio para poder protagonizar estos eventos, pero debe entenderse que el controlar y poder celebrar en sus edificios los funerales, las fiestas o cualquier otro acto, era una forma más de conseguir incidir y hacerse presentes en la vida de la ciudad, y más en este caso que se presentaban unos funerales multitudinarios (como así lo fueron), dada la popularidad y fama de la religiosa.

ostentación. Tuvieron lugar el 19 de Agosto de 1622, haciendo procesión junto a los carmelitas descalzos (que celebraban la canonización de Santa Teresa), con juegos, corridas, etc., y se «colocó el Santísimo Sacramento en la capilla mayor nueva de la Compañía que es una de las mejores de España»¹². Apenas apagados los fulgores de tan feliz suceso, en 1625, tiene lugar la beatificación de Francisco de Borja, lo cual es felizmente notificado a la ciudad con otra espléndida fiesta. En 1636 se celebró congregación general de la Provincia de Andalucía en este Colegio y con tal motivo se adornó de manera admirable su iglesia. Igual dispendio de adornos de la iglesia y festejos acompañaron a la celebración de los cien años de la confirmación de la Orden por la Sede Apostólica¹³. No fue tan dichoso, en principio, el suceso que tuvo lugar en 1610, por la disputa de la celebración de los funerales de Beatriz de Aguilar, religiosa de portentosas virtudes que murió en estima de santidad. Los «padres de la compañía» se llevaron el cuerpo «pretendiendo ser suyo por el testamento de la sancta madre». El arzobispo les exigió la entrega del cuerpo, pero ellos, lejos de hacerlo, se hicieron fuertes y cerraron las puertas del Colegio, por lo que el arzobispo los excomulgó y «mandó al colegial

También interesante, aunque tampoco haya en ello novedad, es la realización, en 1641, de un «grandioso combite a todos los pobres desta dicha ciudad, que fueron en número más de quinientos», el cual fue organizado por los Hermanos de la Congregación del Refugio. Por la mañana se hizo confesión y comunión general en el Colegio de los jesuitas y después se llevaron al Hospital de la Caridad, donde se les dio de comer a los hombres separados de las mujeres y los niños juntos en otra parte¹⁵. Obsérvese el sutil procedimiento por el cual primero se les alimentaba el alma, limpiándola del pecado, y luego se les daba satisfacción al cuerpo con el «grandioso convite», del cual, desgraciadamente, desconocemos el menú concreto que pudieron degustar. Sobre esta forma de dar la limosna, a condición del preceptivo paso por el confesionario, tenemos el caso memorable del arzobispo Juan Méndez Salvatierra, al cual el Cabildo de la Catedral le pidió que desistiera de esa práctica, porque el continuo trasiego tumultuoso de los mendigos que acudían en busca de la dádiva importunaba la liturgia habitual del templo metropolitano¹⁶.

Hemos iniciado nuestra crónica con estas alusiones al texto de Jorquera (de hecho las novenas y fiestas fueron incluso bastantes más), no porque sea la única fuente para su conocimiento, sino como comprobación de que ya en su época todos estos acontecimientos no pasaban desapercibidos por aquellos que eran testigos directos de esta ebullición festiva. Los propios padres de la Compañía se encargaron de recoger con puntual fidelidad todos los eventos que tuvieron al Colegio como centro neurálgico. Gracias a la abundante literatura encomiástica del momento podemos reconstruir el completo sentido de su efímera exaltación y sus más perdurables efectos¹⁷. El dispendio realizado en estas celebraciones parecería estar en discordancia con los denodados esfuerzos, siempre con carencias, para ir construyendo el impresionante Colegio, que se levantaba en aquellos años¹⁸. Y lo mismo podría decirse de tantos otros conventos que en este siglo experimentan su mayor auge constructivo, a pesar de la penuria de los tiempos, que parecería milagroso si no conociéramos las mentalidades de la época, que antes se privaban de un trozo de pan que de una misa¹⁹. Pero todo se explica teniendo en cuenta los valores sociales y espirituales de la época. La necesidad de canalizar estas celebraciones entraba dentro de la propia razón de ser de las órdenes y al mismo tiempo les servían de eficaz propaganda, ya que de esta manera incidían insistentemente en una sociedad en donde la competencia era cada vez mayor y el dinero a repartir siempre resultaba escaso.

Pero queremos detenernos de manera especial en dos celebraciones y una misión organizadas en la segunda mitad del XVII, por diferentes motivos. La primera gran fiesta es la que tiene lugar el año de 1653, en la que la congregación del Espíritu Santo realizó un piadoso acto en honor a la Virgen Inmaculada²⁰, devoción de la que los jesuitas fueron importantes defensores, como antes se indicó, y que, de hecho, quisieron dejarlo bien patente en la donación al Cabildo de la Ciudad de una reliquia del «lignum crucis» que adorna el pecho de la Virgen en el monumento del Triunfo. La descripción de los adornos y actos realizados definen claramente el sentido conmovedor de estas celebraciones. Por la noche anterior «y para engañar la dilación y las sombras de aquella noche, fue muy de ver la galería del Colegio, que es bien capaz, toda guarnecida de faroles, y la cúpula de la capilla mayor toda coronada de luminarias. Campeó este edificio entre los demás desta ciudad en lo descollado y vistoso: es grande la arquitectura y primor de sus columnas, nichos, cornijas, y architrabes,

hasta rematar en una linterna, hermosa urna o peana de una Cruz; ciñenla en contorno por la parte inferior veynete y cinco jarrones de piedra, donde se fixaron otras tantas banderolas de diversos colores. Vistiose toda esta cúpula de bien compartidas luzes y a poca distancia de ella ya no parecía sino un ardiente pirámide de fuego que despidiendo de sí gran copia de boladores (cohetes), unos que estallando despertaban el oydo, otros que con festivas lágrimas se arrebatavan los ojos, desmentía el silencio y sombras de la noche...».

Más interesante es la descripción del adorno interior de la iglesia, engalanada con ricos terciopelos que forraban toda la cabecera, levantando en la capilla mayor un suntuoso altar en donde se colocó la Virgen Inmaculada, y a sus lados «dos preciosos niños de talla en traje de pastorcico el uno, muy a la campaña el otro»; encima en hornacinas los Santos Ignacio y Francisco Javier; más arriba, unas urnas con reliquias²¹, rematadas en largas pirámides que flanqueaban un sitial «bien alto y majestuoso trono en el qual sobre una peana..., descansava una bellísima y preciosa custodia, que en su riqueza y primor, ya que no sea digno palacio y albergue de tan grande Magestad, a lo menos arguye, no poco, quien es el dueño que la ocupa»²². Aparte, a los lados y sobre las cornisas se distribuían medios cuerpos o relicarios de Santos, espejos, telas, láminas, flores, etc., a «quienes todo el aseo de la Iglesia devió no poco luzimiento, bolviendolo bien aumentado a la vista en bullidoras luzes y reflexos». De los ángulos de la bóveda del altar mayor y de la cúpula pendían lábaros con imágenes... «Desde los capiteles abaxo corría por entre las columnas un orden de hermosos lienços hasta las basas y aquí eran recibidos entre muchos ramos y flores. Todas las columnas de el cuerpo de la iglesia vestían otros excelentes lienços y pinturas...».

Todo este aparato, que nosotros hemos simplificado al máximo en su recuperación literaria, perdiendo por ello gran parte de su carácter integral de literatura-arte-rito, «era merecido empleo del arte, ajustado modelo de la curiosidad y argumento digno de la admiración..., era un bello atractivo de los ojos y un piadoso imán de los corazones...». En esta última frase se encierra el verdadero sentido del complejo montaje realizado en ésta y en otras tantas fiestas religiosas: superar el horizonte de la imperfecta realidad cotidiana, estableciendo una perfecta armonía entre lo sensitivo, lo simbólico y lo espiritual. Por un lado, se expresaba la belleza del arte, como bella es la pureza de la verdad cristiana (y de María Inmaculada en este caso), y, al mismo tiempo, atraía el sentimiento piadoso del corazón de los fieles mediante toda esa parafernalia de color, formas y sonido.

Años más tarde de nuevo se vuelven a celebrar festejos con motivo de la canonización de San Francisco de Borja en 1671, en los que el adorno de la iglesia y Colegio fueron prodigiosos. Con motivo de esta efeméride se talló la imagen del Santo, obra realizada por el escultor José de Mora, como se refiere en la crónica. Los motivos vegetales, los espejos y el metal adquieren un fundamental protagonismo en la recreación del «Paraíso sacro». En su descripción, por ser el aparato especialmente suntuoso, nos detendremos con una mayor prolijidad²³. De nuevo la iglesia se decoró con colgaduras, flores y otros géneros de adornos, forrándose todas las paredes, desde las cornisas al suelo de terciopelo con galones de oro, colocándose en el presbiterio «un brasero de plata grande y de rara echura (que) respirava por sus pomos, a fuerças de el fuego, suave olor al ayre, que le esparcía por toda la iglesia», y dos aparadores de ocho varas de alto, con jarras, fuentes, bandejas y demás objetos de plata. Debió ser la presencia de estos dos aparadores de una cierta novedad, pues

las dos relaciones escritas sobre esta fiesta se detienen en señalarlos con énfasis. Estaban dispuestos en doce gradas, cada una vestida de brocatel carmesí, en las que lucieron singulares piezas de «açafates», fuentes, jarros, aguamaniles, salvillas «y otras curiosas piezas» muchos de ellos dorados, otros esmaltes finísimos, y remataba cada uno en una lámina, con marco resaltado y en el anillo de cada uno un ramo de azucenas, de vara y media de alto, «que tocava en la cornija y se hermanava con su adorno»; en verdad que serían dignos de admiración estos aparadores que se elevaban hasta una considerable altura²⁴. Al altar y retablo mayor no se le añadieron adornos por estimarse suficiente su riqueza, solamente se iluminó con 200 luces y 40 en dos hermosas arañas²⁵. Las cornisas, también forradas, llevaban de tramo en tramo un ramo de dos varas de alto de flores, siendo su número de 100 (rosas, azucenas, lirios y «tornasoles»), y otros adornos se colocaron bordeando los arcos de las capillas; aparte, colgaduras de terciopelo, tafetanes, almohadas en las cornisas, etc., completaban el exuberante adorno.

Resulta admirable el esfuerzo y capacidad de estos colgadores y altaristas para recrear todo este mundo de fantásticas armonías cromáticas y sensoriales con materias y artes tan diversas. Pero todo esfuerzo es poco, considerando el sentido moralista de toda esta máquina sensitiva, pues «toda la iglesia pareció con razón un vivo bosquejo de la gloria que gozan los Bienaventurados en el Empireo». El adorno de la sacristía fue de 250 láminas grandes, medianas y pequeñas. «Pintura de Roma, Flandes y lo mejor de España, marcos dorados o de évano, entre ellas dos de coral embutidos en filigrana de bronce, dos de pluma con marcos dorados». Sorprende la abundancia de láminas y cuadros, cuando la sacristía tiene un tamaño relativamente reducido.

Especial ostentación decorativa recibió el patio principal que por su interés reproducimos a continuación. Estaban sus paredes ornamentadas con cuadros «con los marcos labrados en yeso y perfiles de oro. Después de blanqueado todo el patio, se le dio negro al zoclo por media vara. Desde allí, con igual proporción en todo el patio, se formó labor de varias láminas y espejos, de suerte que sobre una lámina grande subían dos medianas, dos espejos guarnecidos de láminas pequeñas doradas, y en lo alto espejos pequeños muy vistosos, y todos con lazos y colonias de varios colo-



2. Anuncio de novena dedicada a San Francisco Javier como santo protector y alivio de calamidades. 1680.

res hasta la cornija; con tanto primor en la disposición que desde cualquier parte la reflexión de los espejos dava a la vista muchos patios en que divertirse, con variedad. La cornija se coronó toda de vidrios mazizados de colores, y entre ellos figuras curiosas de alabastro, ramos de claveles, açuçenas, rosas y gayombas en sus mazetas, y algunos de guindas y frutas de cera, tan al natural que unos y otros engañaron a muchos... Todos los perfiles de las bóvedas se vistieron de flores azules, amarillas, verdes y encarnadas de cera, acompañadas cada una de dos hojas verdes que sobre el blanco hizieron brillar mucho su armonía. Los arcos, así de dentro como de fuera, enteramente se adornaron de las mismas flores y ojas... Parecerá ponderación, y es verdad, que se labraron mas de veynte mil flores para solo el adorno del patio». Las cuatro bóvedas de las esquinas se adornaron también con flores formando los escudos de la Compañía, las armas de Granada, el escudo Real y el escudo del Papa. Además de cuadros, por algunos sitios las columnas «desde la basa por media vara estavan enramadas de laurel, y lo restante hasta los capiteles estavan escamados de hojas sueltas (llaman la labor de concha de culebra) [sic] que aunque obra muy prolixa por averse de ajustar una a una las hojas, es muy bien parecida y conforme con toda la disposición del patio, que retratava un Paraíso. A la puerta dieron que ver y que reyr al vulgo (que se paga mas de deformidades que de proporciones) algunos espejos de varia labor» que producían extraños reflejos. Nótese la observación de que el vulgo admiraba y se impresionaba más por las deformidades que por las proporciones, pues en esta frase está justificada la esencia de toda la decoración, junto con la idea de creación de una visión paradisiaca: lo raro y lo idílico frente a la prosaica realidad. La contemplación actual de este severo patio hace difícil imaginarlo con toda esta verdadera sinfonía de color y luz que se deduce del relato, por más que la literatura laudatoria fuera a veces mucho más larga en los elogios y más fantástica en sus descripciones que la propia realidad.

Pero no acaba aquí la ponderación del adorno del patio pues nos falta por ver lo que se ubicó en su espacio central. «Saliendo al plano del patio, en medio se levantó una pirámide de nueve varas en alto con tres cuerpos. El primero..., con quatro torreones en las esquinas, vestidos muy al natural de laurel y algunas flores encarnadas y blancas. En cada torreón se colocó una fuente con vario artificio»: un cazador que por el cañón del arcabuz echaba el agua, un ciervo que la echaba por la boca, un hombre también por la boca y una pirámide que la echaba por la cúspide. El resto del monumento estaba también hecho con flores, laurel y plata, rematando con un Niño Jesús. Todo el hueco del patio, partes altas, cornisas, pilastras, etc., se decoraron asimismo de flores y cuadros de Bocanegra y Juan de Sevilla, que ocuparon el hueco de las ventanas. Bajo cada pilastra del segundo cuerpo se colocaron unos espejos grandes inclinados que reflejaban la decoración del patio, produciendo «confusión de la vista que a cada paso se encontrava con nuevas admiraciones».

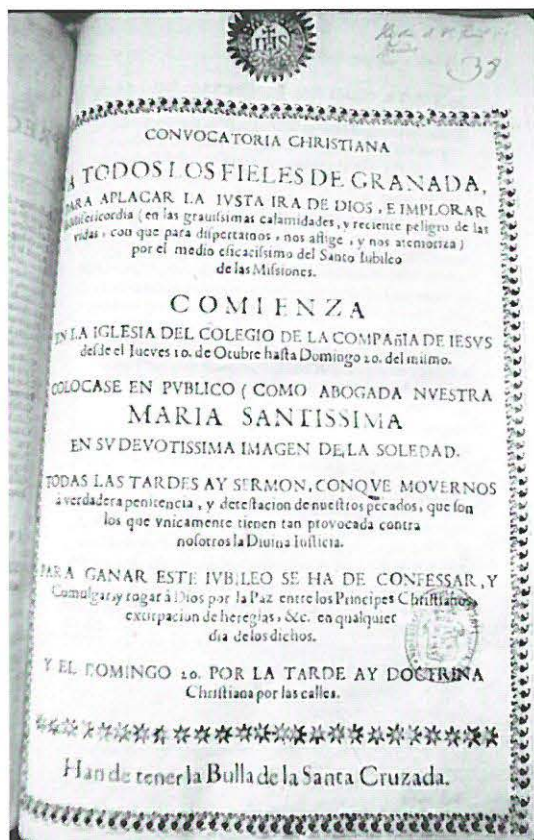
Toda esta serie de flores de «seda, talco, lienço y cera» fueron realizadas en el propio Colegio, e igualmente debió ser algún padre jesuita el desconocido diseñador de tan portentosa máquina. «Es voz común, que no se ha visto en Granada tanto asseo, primor y uniformidad, como se guardó en las labores y adornos del patio, que junto con su graciosa arquitectura hazía un compuesto maravilloso y de divertimento, por la novedad de la idea y hermosura de la execucion».

Después sigue la descripción de otros ornatos en puertas, corredores, la cúpula de la iglesia, etc., que tenían su prolongación en las calles y plazas que se recorrieron en solemne procesión (calle Libreros, plaza Bibarrambla, Zacatín, plaza Nueva, calle de los Hospitales, plaza del Ángel y calle de la Cárcel), cuyo paso estaba engalanado por arcos de triunfo, altares, empalizadas, colgaduras, láminas y cuadros, realizados por Pedro Atanasio Bocanegra y Juan de Sevilla.

Vemos pues, como todo este prolijo montaje iba encaminado a exaltar el factor sorpresa, la imagen de un Paraíso celeste, y todo ello a base de simular un mundo fantástico que rompiera la normal proporción de la arquitectura y de la misma realidad vivencial. La procesión y colocación de altares y arcos triunfales por las principales vías de la ciudad venía a servir de captación urbana, involucrando a todos los ciudadanos en lo que era un hecho ciertamente provechosos para la Compañía. Igual sentido de participación ecuménica tuvo la colocación sobre la torre de la Catedral de «caçoletas y faroles, y vistió el aire de volantes centellas que ambiciosas, de que las vieses más, subían hasta el Cielo»; se encendieron luminarias en las casas de los Oidores e Inquisidores y se adornaron las torres de la Alhambra, Bermejas y Bibataubín; se tocaron músicas, se encendieron luces y se quemaron fuegos de artificio que duraron dos horas; sonaron las campanas, empezando por las de la Catedral, y se dispararon piezas de artillería y mosquetes. No entramos aquí a valorar otras acciones de integración religiosa en los sermones, actos litúrgicos y actividades puramente religiosas, pero también éstas se cuidaron en extremo, como la invitación a todos los conventos de frailes para que mandaran a sus mejores predicadores.

Serían muchas las consecuencias y lecturas que se podrían entresacar de estas descripciones, que en verdad difieren poco de las muchas festividades que tuvieron lugar en distintas ciudades de España en este siglo. Pero a mí me interesa resaltar en este caso el aprovechamiento providencial que las órdenes religiosas (en el caso que nos ocupa) hicieron de estas fiestas y celebraciones para utilizarlas como propaganda en una de las más sutiles operaciones de *marquetin* y «penetración de mercado», empleando el argot moderno.

Si hasta ahora podría no entreverse ese sentido de aprovechamiento circunstancial de estos fastos para aumentar el crédito del Colegio, tenemos un último evento como meridiana comprobación. Este suceso presenta un signo bien diferente, pero en la pronta y oportuna reacción de los jesuitas se advierte que su actitud coincide en buscar un mismo fin. Se trata de la misión organizada con motivo de un fuerte terremoto ocurrido en Granada en 1680. Este terremoto fue de una considerable intensidad y se sintió en toda Andalucía, siendo Málaga la ciudad más afectada, arruinando muchos de sus templos sobre todo en sus torres y produciéndose algunas muertes. También Sevilla sufrió sus efectos, aunque no llegara a la importancia del famoso terremoto de Lisboa de 1755. El propio relato lo refiere así: «Miércoles 9 de octubre a las 7 de la mañana quiso la divina Magestad castigar con misericordia nuestras culpas, permitiendo en esta ciudad, y en otras muchas de España, un temblor de tierra que apenas duró espacio de dos credos, y fue tan terrible que aviéndose experimentado en esta ciudad y Reino muchos temblores de tierra, ninguno de 100 años a esta parte ha sido tan formidable. Pero juntó la Magestad divina el castigo con su misericordia, pues en esta ciudad ni se hundió casa alguna, ni persona ninguna perdió la vida.



3. Convocatoria de la misión celebrada con motivo del terremoto de 1680.

hemos dicho, sus efectos fueron devastadores, celebrándose numerosas procesiones de desagravio, y como era casi preceptivo y normal, el obispo hizo pública una carta en la que se advertía del carácter de aviso y castigo del terremoto por los muchos pecados, y que los fieles muchas veces al poco tiempo de ocurrido el desastre y olvidando su signo providencial volvían a su pecaminoso vivir, por lo que aconsejaba de manera admonitoria: «Tengamos presente a nuestros oídos el sonido de aquel terror, conservando atónitos los ojos en aquel doloroso objeto...». A este respecto, contamos con un documento providencial que incide en este continuo rogar a Dios para atenuar su ira, aunque no siempre estas súplicas dieran aparentemente el resultado apetecido. Se trata de un cartel anuncio de una novena dedicada por los propios jesuitas a San Francisco Javier, «para alivio de las calamidades que se padecen en este siglo», novena que tuvo lugar poco antes del terremoto, en concreto en el mes de Marzo del mismo año, y cuyo texto resulta en cierta medida una premonición. Si bien en Granada el terremoto no causó sino daños materiales, en Málaga, que se celebró la misma novena, parece que ésta no produjo los efectos deseados²⁷.

Causó en todos los de la ciudad grande temor, reconociendo que era un amago misericordioso de las iras divinas... Teniendo este templo atemorizados grandemente los corazones, a medio día entre la gente vulgar corrió una voz que a la noche avía de ser otro segundo temblor, conque cada uno se sobresaltó de suerte que temían la última desolación, como sucedió en Antiochía y en 12 ciudades de las más principales del Asia».

La reacción ante este terremoto en todos los lugares fue similar, como lo era ante cualquier desgracia parecida. Por un lado, los exégetas y teólogos vieron en él un signo divino de advertencia; por otro, estos efectos y causas fueron impresos de manera inmediata para hacer ver al pueblo de la necesidad de su arrepentimiento y perseverancia en el buen camino; y por último, las órdenes religiosas y el clero secular en general canalizaron los actos de desagravio y rogativas asumiendo el papel de mediadores ante el Altísimo. En el caso de la capital hispalense, el mes antes se vieron «centellas» en el cielo, considerando que era una admonición divina y «para que los sevillanos sepan lo que deben a su bondad y misericordia infinita»²⁶. En Málaga, como

Se saldría de nuestro propósito y objeto el aludir a las numerosísimas noticias que existen sobre sucesos luctuosos, epidemias y desastres en general, que ocurrieron en nuestra ciudad, en otras de la provincia, o en cualquier otra parte, y su mecanismo normal de reacción mediante la acción pública²⁸. Por ello solamente me detendré a comentar y valorar la rapidez con que los jesuitas capitalizaron el protagonismo del desagravio de la ciudad, algunas circunstancias de la misión y el claro beneficio conseguido con esta iniciativa.

Ocurrido el terremoto, y a pesar de no haber originado daños de importancia, «Ynspiró Dios Nuestro Señor a algunos de este Colegio, era buena ocasión para publicar una misión...», con este fin se imprimieron unas cédulas (así se denominaban entonces) o carteles que fueron distribuidos por toda la ciudad. Estas cédulas colocadas en lugares estratégicos y al anuncio a viva voz, a falta de los periódicos o medios audiovisuales actuales, invitaban a participar en los actos, procesiones y demás celebraciones que con tal motivo se iban a celebrar. Antes aludimos a otra cédula y aún hemos localizado otra tercera en el mismo legajo, que incluimos también en las ilustraciones²⁹. Por el interés que encierra el que se haya conservado el cartel de esta «misión» merece la pena transcribirla y ofrecerla en ilustración. El texto fue redactado por el padre Francisco de Acevedo y rezaba así: «Convocatoria christiana a todos los fieles de Granada para aplacar la iusta ira de Dios, e implorar su misericordia (en las gravissimas calamidades, y reciente peligro de las vidas con que para despertarnos nos aflige y nos atemoriza) por el medio eficacissimo del Santo Iubileo de las Misiones. Comienza en la iglesia del Colegio de la Compañía de Jesus desde el Jueves 10 de Octubre hasta Domingo 20 del mismo. Colocase en publico (como abogada nuestra) Maria Santisima en su devotissima imagen de la Soledad. Todas las tardes ay sermon, con que movernos a verdadera penitencia y detestacion de nuestros pecados, que son los que unicamente tienen tan provocada contra nosotros la Divina Iusticia. Para ganar este iubileo se ha de confesar y comulgar y rogar a Dios por la Paz entre los Principes Christianos extirpacion de heregias &c. (sic) en cualquier dia de los dichos. Y el domingo 20 por la tarde ay doctrina christiana por las calles. Han de tener la Bulla de la Santa Cruzada». Como se puede comprobar, no solamente era un anuncio al uso actual, sino todo un discurso apologético en el que a los tibios o «desinformados» se les hacía ver la verdadera causa y razón de este terremoto.

La serie de procesiones, desagravios, cultos, sermones, confesiones y comuniones en masa, fueron recogidos por Pedro de Montenegro, rector que fuera del Colegio y que gozó de gran prestigio en su época, el cual costeó la capilla de Jesús Nazareno y aumentó en lo artístico al propio Colegio, adecentando el teatro, levantando altares (en los que colocó las reliquias en urnas) y donando imágenes de los Santos fundadores a la Catedral³⁰. En el caso de las procesiones, en la primera de ellas, realizada el mismo día del temblor, salieron de la iglesia 400 personas y regresaron más de 3.000. «Antes de salir se hizo una brevísima plática, pidiendo a todos que acompañasen con toda devoción la Santísima ymagen de Christo crucificado, y a las mujeres prohibiéndoles y mandándoles en nombre de su Magestad se quedasen todas en la yglesia acompañando a la Santisima Virgen, como lo hicieron». Es interesante observar en esta distribución diferenciada de ambos sexos que incluso las imágenes que acompañaban a sendos colectivos presentaban la misma dualidad, acompañando los hombres a la imagen de Cristo y las mujeres quedando recogidas en la

iglesia junto a la Virgen. Esta separación era normal en las procesiones y misiones públicas, como así lo atestiguan otras descripciones, por ejemplo una celebrada por los propios jesuitas, en la que se dice «salían a las ventanas las mujeres, que sólo avían quedado en sus casas, que por la decencia se les ordenó así...»³¹; división, por otra parte, normal en el resto de los cultos hasta fechas muy recientes.

Siguiendo con la procesión primera, «se salió del Colegio de la Compañía de Jesús con grandísimo silencio y devoción, cantando a trechos los padres del Colegio de quanto en quanto saetas espirituales... Llegando a la plaza de Vivarambla se hizo una breve plática, otra en medio del Zacatín, otra en la plaza Nueva, otra a la puerta de San Phelipe Neri, y rematándose cada una de ellas con un acto de contrición. Estando los corazones atemorizados con el temblor y siendo en calles y plazas, ya las saetas, ya las pláticas, ya los actos de contrición dichas, y hechas con grandísimo espíritu y fervor, no es fácil decir la conmoción que hubo en toda la ciudad. En plazas y calles, puertas y ventanas fue tan grande el gentío, que parece se avía abreviado toda esta ciudad, siendo tan numerosa, en dichas plazas y calles públicas [roto el margen superior]..., pedían a gritos misericordia. Todos a gritos proponían la enmienda de sus vidas. Pareció esta noche Granada no una ciudad deliciosa, sino una Nínive convertida, y no ay que dudar lo como lo dirán los efectos». El espectáculo, teniendo en cuenta el pánico popular que generan los terremotos, debía ser ciertamente sobrecogedor. «Salimos a las 7 y volvimos a las 10 de la noche, y en estas 3 horas fueron innumerables los suspiros, las lágrimas y los actos fervorosísimos de contrición. Por la mañana, a las 7, hizo Dios reseña de sus iras, y por la noche de las 7 a las 10 de su grande clemencia y misericordia».

En la última procesión se dice que salieron unas 3.000 personas y regresaron más de 8.000. En la relación entre las personas que salieron y regresaron podemos observar la importancia de dichas demostraciones públicas como factor de captación pública. Los actos litúrgicos se cerraban con un acto de contrición, «y siendo los concursos grandísimos, y de lo mas noble y lucido de la ciudad, eran tales los suspiros y lagrimas, voces y bofetadas que se oían en el auditorio, que pudieran ablandar corazones de diamante». Se celebraron misiones también en otras iglesias, «donde predicaron diferentes sugetos de casa..., y fueron numerosísimos los concursos con lagrimas, gritos y bofetadas como en nuestra yglesia».

Tanto en los actos celebrados como en la propia descripción de los mismos podemos comprobar que se recurre a numerosos tópicos que aparecen en muchas de estas «relaciones» de la época, pero no cabe duda que constituyen verdaderos documentos de primera magnitud para entender las mentalidades del pasado, resultando a veces mucho más sugestivas que las propias imágenes que nos podía haber transmitido una fotografía de la época. Además, en dicho texto, jugoso en reflexiones, justificaciones y argumentos, encontramos la verdadera clave interpretativa que corrobora, en gran medida, la línea argumental que vengo defendiendo en este estudio, al considerar, según cita textual que «han dicho muchísimas personas de capacidad y dignas de todo crédito... que en los 10 días de la misión confesaron en esta ciudad más de 100.000 personas, y añadían que el temblor de tierra y la misión de la Compañía avía sido de grandísima gloria para Dios y de grandísimo crédito para San Ygnacio y sus hijos. Grande es el fructo que en esta ciudad se hace todos los años con el jubileo de la doctrina christiana, como se ve cada año en los concursos, frecuencia

de sacramentos y enmiendas de las vidas. Pero el fruto de esta misión a sido mayor incomparablemente, y así lo publican todos, dando mil gracias a la Compañía que tan christiana y prudentemente se resolvió el día del temblor a comenzar acción tan gloriosa». Este párrafo, por si nos cupiera todavía alguna duda, aclara meridianamente cuáles habían sido los beneficios conseguidos por la Compañía: en primer lugar, el prestigio ganado ante la ciudadanía, como «así lo publican todos», y, por otro, el fruto catequético de esta oportuna misión, el cual había sido mucho mayor que la actividad habitual del Colegio.

* * *

Con estas breves notas he pretendido recuperar una pequeña parcela del complejo mundo de ideas, intenciones y actos que conformaron la sociedad española del Barroco, aunque centrándome solamente en una ciudad (Granada) y una institución (los jesuitas). Palpablemente se aprecia la valoración especial que adquiere la arquitectura y el ornato, que junto con la palabra, la imagen y el sonido, transforman y trasportan al espectador a otra dimensión tan real como necesaria para esta sociedad, que en la fiesta y celebraciones encontraba una válvula de escape a sus privaciones, siendo sutilmente utilizada por la corona y las clases poderosas, civiles y eclesiales, para imponer su dominio ideológico. Cualquier suceso feliz o calamitoso se aprovechaba para organizar actos de júbilo o de desagravio, cuya hábil utilización prestigiaba a sus organizadores. En nuestro caso, observamos que la Compañía de Jesús, dentro de la estrategia funcional y pastoral, acude a estas solemnidades como una práctica más, educacional y moralista, para incidir en la mentalidad ciudadana de una forma activa y ejemplar. No creo equivocarme al afirmar (como se desprende del propio enunciado del artículo) que en estas celebraciones, el arte plástico, la música, la pirotecnia, la oratoria, todo este complejo artificio retórico, se ponía al servicio de la propaganda religiosa como fin primordial, en un mercado altamente competitivo y en el que los jesuitas fueron unos de los más hábiles «vendedores de imagen».

NOTAS

1. Este artículo que ahora presento como homenaje y cariñoso recuerdo a nuestra compañera, la profesora Isla Mingorance, es una revisión ampliada de la comunicación presentada con el mismo título al VII Congreso del C.E.H.A., celebrado en Murcia en 1988. Consultada la Secretaría del Congreso y no pareciendo inmediata la publicación de la misma, he decidido incluirla en este número de *Cuadernos de Arte* por la idoneidad del tema y por el interés que, pienso, tenían aquellas noticias y reflexiones.

2. Todas estas circunstancias las analizo ampliamente en *La arquitectura granadina en la crisis del Renacimiento (1560-1650)*. Granada: Universidad, Diputación Provincial, 1989, pp. 21-28, 185-187 y cap. II. Esta prevención de Castro y la permisividad de González de Mendoza hacia las órdenes religiosas se puede ver en sus biografías incluso más antiguas como BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco. *Historia eclesiástica... de Granada*. Granada, 1638. Granada: Universidad, ²1989, y HEREDIA BARNUEVO, Nicolás de. *Místico ramillete..., vida de Don Pedro de Castro*. Granada, 1741 (Ed. facs. Granada: Universidad, ³1998); en este estudio preliminar se encuentran interesantes argumentaciones y reflexiones en torno a Castro y la religiosidad del momento, con alusiones a las misiones y acción de los jesuitas. Referencias a la concepción de Granada como ciudad Contrarreformista de fuerte calado religioso, pueden verse en HENARES CUÉLLAR,

Ignacio. *Granada, Arte*, t. IV. Granada: Diputación, 1981; y OROZCO PARDO, José Luis. *Christianópolis: urbanismo y Contrarreforma en la Granada del Seiscientos*. Granada: Diputación Provincial, 1985; más reciente, con alusiones interesantes a las peculiaridades de la sociedad y el pensamiento barrocos, LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis. «Iglesia, religiosidad y mentalidades». En: *Historia del Reino de Granada. III. Del siglo de la Crisis al fin del Antiguo Régimen (1630-1833)*. Granada: Universidad, El Legado Andalusi, 2000, pp. 179-233.

3. PEDRO DE LEÓN. *Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616)*. Ed. Pedro HERRERA PUGA. Granada: Facultad de Teología, 1981, p. 100 y ss. Podría parecer cierto el panorama de abandono reflejado en este libro si no tuviéramos la referencia de primera mano que nos ofrece la visita de Pedro de Castro, realizada en los años 1591-92. Durante todo el siglo XVI hay un intento serio y continuo por parte de todos los arzobispos de controlar y crear una infraestructura adecuada a las necesidades diocesanas, pero el problema estribaba en que el territorio no era equiparable a otros de la corona castellana (con una población morisca irreductible ni con lisonjas, ni con amenazas), ni las exiguas dotaciones económicas hacían atractivo el acudir a esta procelosa tierra, ni de los repobladores que llegaron en un primer momento ni tras la expulsión de los moriscos se podía esperar grandes milagros. Sobre esta visita preparo un trabajo de próxima (?) edición. Alusiones a otras misiones del Colegio en *Historia del Colegio de San Pablo. Granada 1554-1765*. Manuscrito del Archivo Histórico Nacional. Granada: Facultad de Teología, 1991. Para las circunstancias sociales, religiosas y políticas de este periodo debe consultarse BARRIOS AGUILERA, Manuel (Ed.). *Historia del Reino de Granada. II. La época morisca y la repoblación (1502-1630)*. Granada: Universidad, El Legado Andalusi, 2000.

4. Sobre este aspecto concreto del Barroco, ver WEISBACH, W. *El Barroco, arte de la Contrarreforma*. Traducción y estudio preliminar de Enrique Lafuente Ferrari. Madrid: Espasa-Calpe, 1948; OROZCO DÍAZ, Emilio. *El Teatro y la teatralidad del Barroco*. Barcelona: Planeta, 1969; y del mismo «Sobre la teatralización del templo y la función religiosa en el Barroco: el predicador y el comediante», *Cuadernos para la investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), II-III (1980); por no hacer mas prolija la cita es obligado recordar a Maravall, Argán y tantos otros que han profundizado en este tema.

5. A pesar de la abundante bibliografía que en los últimos años se viene centrando en la fiesta como objeto de investigación, sigue siendo magistral y básico el esquema trazado por BONET CORREA, Antonio. «La fiesta barroca como práctica del poder», *Diwan*, 5-6 (1979), pp. 53-87, reeditado junto con otros artículos centrados en el mismo tema en *El arte efímero en el mundo hispánico*. México: Universidad Nacional Autónoma, 1983. Sobre la carga simbólica de la fiesta y los elementos que participan en ella, es fundamental GÁLLEGO, Julián. *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*. Madrid, 1972, cap. IV; para el caso granadino, CUESTA Y GARCÍA DE LEONARDO, M.^a José. *Fiesta y arquitectura efímera en la Granada del siglo XVIII*. Granada: Universidad, Diputación Provincial, 1995; breves pero interesantes alusiones en LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis. «Iglesia, religiosidad...», p.197 y ss.

6. Para el estudio del Colegio son básicos: *Historia del Colegio de San Pablo...*, en las notas de esta edición se incluyen otras crónicas del Colegio complementarias; CALERO PALACIOS, M.^a Carmen. *La enseñanza y educación en Granada bajo los Reyes Austrias*, Granada, 1978; desgraciadamente inédita, pero con interesantes aportaciones, ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, Josefa Rosaura. *Los jesuitas de Granada (1554-1600). La casa de la Compañía. Proyección social*. Granada, 1973 (Memoria de licenciatura inédita).

7. MARÍN OCETE, Antonio. *El arzobispo Pedro Guerrero y la política conciliar española en el siglo XVI*. Zaragoza-Madrid: C.S.I.C., 1969-70, p. 366. Terminando el siglo las cosas no habían mejorado, pues Pedro de Castro, después de recorrer toda su diócesis, opinaba que los clérigos eran idiotas y sin suficiencia; ver MARÍN LÓPEZ, Rafael. «Un memorial de 1594 del arzobispo de Granada D. Pedro de Castro sobre su iglesia con motivo de la visita 'ad limina'», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, (Granada), 7 (1993), p. 295. La publicación más reciente sobre la religiosidad y grado de preparación del clero durante este siglo es la de MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier. «La Iglesia». En: *Historia del Reino de Granada. II. La época morisca y la repoblación (1502-1630)*. Granada: Universidad, El Legado Andalusi, 2000, con abundantes referencias bibliográficas.

8. Sobre esta institución ver CALERO PALACIOS, M.^a Carmen. «Los niños moriscos de Granada: una fundación para su enseñanza y educación». En: *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*, t. I. Córdoba, 1976; y ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, Josefa Rosaura. «La casa de la doctrina del

Albaicín. Labor apostólica de la Compañía de Jesús con los moriscos», *Cuadernos de la Alhambra*, 19-20 (1983-1984), pp. 233-246. A mediados del siglo XVI, las parroquias del Albaicín (salvo los casos de San Ildefonso, San Cristóbal y San Juan de los Reyes, en que coincidían con cristianos viejos) estaban integradas por población morisca, y no era plato apetecible a ninguna orden el estar en un barrio en el que nadie quería ser moralizado ni dispuesto a dar voluntariamente un solo maravedí. Esta distribución por parroquias de los moriscos y cristianos viejos la ofrece MARTÍNEZ RUIZ, Juan. «Visita a todas las casas del Albaicín en el año 1569», *Cuadernos de la Alhambra*, 15-17 (1979-1981), pp. 255-256.

9. MARÍN OCETE, Antonio. *El arzobispo Pedro Guerrero...*, p. 401.

10. HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco. *Anales de Granada*. Granada: Universidad, 2^a 1987.

11. *Ibid.*, p. 551.

12. *Ibid.*, p. 647. De la fiesta de beatificación de San Ignacio hay memoria escrita en DÁVILA, Sancho. *Relacion de la fiesta que en la Beatificacion del B.P. Ignacio fundador de la Compañia de Iesus hizo su collegio de la ciudad de Granada en catorze de Febrero de 1610...* Sevilla: Impreso por Luys Estupiñan, 1610, citado por DÁVILA FERNÁNDEZ, M.^a Pilar. *Los sermones y el arte*. Valladolid: Departamento de Historia del Arte, 1980, pp. 104-107 y ESCALERA PÉREZ, Reyes. *La imagen de la sociedad barroca andaluza*. Málaga: Universidad, 1994, pp. 297-303. En esta relación se indica que al estar terminada la iglesia solamente hasta el arco toral se cerró éste con un tabique para independizarlo y se levantó un retablo de 18 varas de alto con dos órdenes de columnas dórica y jónica, con imitaciones de jaspes y otros adornos y esculturas. Es interesante la alusión de la imitación de jaspes en las columnas en fechas tan tempranas, por las consecuencias que después tendría esta aplicación de piedra como material de ejecución de los retablos. De hecho, antes de realizar Díaz de Ribero el del altar mayor se empezó otro que había de ser de jaspes y bronce a imitación del de El Escorial, cuyas columnas se aprovecharon en los retablos colaterales del crucero.

13. HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco. *Anales...*, p. 841.

14. *Ibidem*, p. 567.

15. *Ibid.*, p. 886.

16. BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco. *Historia eclesiástica...*, p. 258. No resisto la tentación de recoger el párrafo donde lo relata el autor: «Después de la Misa se sentava a confesar cargado de dineros para remedio de necesidades secretas, y avía tanta gente a su confesonario que no los podía oír a todos, y lo primero que confesavan todos era su pobreza, de suerte que obligava al prelado dezirles a voces: Digan primero sus culpas y después dirán sus necesidades. Y el Cabildo le suplicó dexase este exercicio, si bien exemplar, porque la gente era mucha y el ruido también impedía las Oras del Coro y oficios del Altar...».

17. Un primer intento de sistematización de esta literatura ofrece DÁVILA FERNÁNDEZ, M.^a Pilar. *Los sermones y el arte*. Valladolid, 1980. Sobre la edición bibliográfica en Granada, con alusiones a fiestas, celebraciones, fundaciones y demás eventos, ver AA.VV. *La Imprenta en Granada*. Granada: Universidad, Junta de Andalucía, 1997; LÓPEZ-HUERTAS PÉREZ, M.^a José. *Bibliografía de impresos granadinos de los siglos XVII y XVIII*. Granada: Universidad, Diputación Provincial, 1997. Más selectivo, pero con estudios específicos temáticos y especial dedicación a la literatura religiosa festiva, decoración efímera, etc., y bastantes alusiones a lo granadino, ver ESCALERA PÉREZ, Reyes. *La imagen de la sociedad...*; la edición de este libro es muy posterior a la preparación de mi comunicación para el Congreso de Murcia de 1988 y, aunque coincidimos en la referencia a algunas celebraciones, en cierta medida los dos trabajos resultan complementarios en sus propuestas metodológicas, aunque lo nuestro es mucho más limitado en espacio y tiempo.

18. El Colegio de San Pablo de los jesuitas se fundó en 1554 y su construcción se dilató hasta bien entrado el siglo XVIII. Para su estudio artístico pueden verse, GÓMEZ-MORENO CALERA, José Manuel. *La arquitectura religiosa...*, pp. 190-202 y, como principal fuente de información, RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, Alfonso. *Bartolomé de Bustamante y los orígenes de la arquitectura jesuítica en España*. Roma: Institutum Historicum, 1967, p. 158 y ss. Sobre el adorno de su antiguo teatro, actual paraninfo de la Facultad de Derecho, ver GILA MEDINA, Lázaro. «Contribución al estudio del antiguo colegio de San Pablo de los jesuitas... de Granada». En: *Estudios sobre iglesia y sociedad en Andalucía en la Edad Moderna*. Granada: Universidad, 1999, pp. 425-444. También aporta datos históricos la *Historia del Colegio de San Pablo...*

19. El siempre providencial Henríquez de Jorquera recoge la noticia de que incluso en 1631 llegó el provisor a prohibir la petición de limosna por parte de las Hermandades y Cofradías, por el gran número que

había y darse el caso de alguna que lo hacía incluso tres o cuatro veces al día (p. 720). De nuevo, en 1637, se prohíben, «estando la ciudad muy necesitada y siendo sin número las demandas» (p. 781).

20. *Piadoso culto y pública solemnidad que la Insigne y Venerable Congregación del Espíritu Santo, sita en el Colegio de la Compañía de Jesús de Granada, dedicó a la Reina de los Ángeles, María Señora Nuestra, obligándose publicamente con voto y juramento a defender su siempre Inmaculada y Pura Concepción, en el templo de la Compañía de Jesús..., año de mil y seiscientos y cincuenta y tres.* Granada: Imprenta de Baltasar Bolívar, 1653. Hace alusión a esta fiesta y texto, con resumen de algunos de los párrafos, ESCALERA PÉREZ, Reyes. *La imagen...*, pp. 407-408. La misma autora recoge otra fiesta dedicada a la Inmaculada Concepción que tuvo lugar en 1650. Por ser, en este caso, prolija la descripción la obviamos en nuestro estudio *Ibidem*, pp. 398-407.

21. Seguramente se trata de las mismas urnas relicarios que se encuentran actualmente en los encasamientos del segundo cuerpo del retablo mayor de la iglesia, labrado por Díaz de Ribero (de Rivero), el cual quizá adoptó estas piezas asumiéndolas como obra permanente lo que había sido una presencia efímera. También es posible que participara, bien como diseñador o como consejero, en los adornos de esta fiesta.

22. Esta custodia posiblemente fuera también la que trazó Díaz de Ribero que recoge la crónica del padre Ayala.

23. Las noticias están tomadas de *Descripcion breve del solemne y festivo culto que dedico el colegio de la compañía de Jesus de Granada a su gran padre San Francisco de Borja..., deste año de 1671.* Granada, Imprenta de Francisco de Ochoa, 1671, fols. 2-8. En otra descripción de C. EGIDIO DE RIBERA MONTESERN. *Epítome breve de las solemnes fiestas que celebró el Colegio de San Pablo...* Granada: Imprenta de Francisco Sánchez, 1671, se dan las mismas noticias de forma más escueta, indicando el itinerario de la procesión realizada con tal motivo. Las fiestas duraron del 26 de septiembre al 5 de octubre. Agradezco vivamente a M.^a José Cuesta García de Leonardo el haberme comunicado, en su día, la existencia de ambos textos. Referencia a ellos y de nuevo un resumen de las descripciones, ofrece ESCALERA PÉREZ, Reyes. *La imagen...*, pp. 320-325.

24. Esta costumbre de formar altares o aparadores para celebraciones litúrgicas, con diversos objetos de metal, cerámica y esmalte, se ha mantenido en Granada para el adorno de los altares del Corpus y otras festividades, y se sigue manteniendo aunque cada vez más desvirtuada en los altares que se levantan el 3 de Mayo, día de la Cruz.

25. Es interesante la afirmación de que el altar mayor no se decoró por considerarse suficiente su ornato, lo cual indica la presencia del recién estrenado retablo mayor de Díaz de Ribero, mientras que en la fiesta de 1653 sí se había decorado de manera prolija al no existir todavía. Este argumento, junto a las aseveraciones de RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, Alfonso. *Bartolomé de Bustamante...*, p. 180, nos sirvieron para posponer la fecha de la realización del retablo en más de treinta años respecto a lo que se venía considerando, ver GÓMEZ-MORENO CALERA, José Manuel. *La arquitectura religiosa...*, p. 197 y ss. Es interesante el estudio que le dedica SÁNCHEZ-MESA MARTÍN, Domingo. «El retablo Barroco como máquina y espectáculo: Díaz de Ribero y la iglesia de los jesuitas de Granada». En: *Actas del X Congreso del CEHA.* Madrid: UNED, 1994, pp. 273-282. En la descripción de esta fiesta se mencionan y enumeran las obras que adornaban los retablos del crucero, el de la derecha dedicado a San Ignacio y el de la izquierda a San Francisco Javier. «Tiénenle cuatro columnas de jaspe de Génova, con lazos y jarras de oro». En el de San Ignacio estaban San Luis Gonzaga, San Estanislao de Koska y encima San Francisco de Borja; en el de San Francisco Javier, tres Santos Mártires del Japón. En los laterales del transepto había un retablo de Cristo «en el paso de la Humildad» y el otro de la Concepción.

26. *Relación verdadera que da cuenta del espantoso temblor de tierra...* Sevilla: Impreso por Juan Cabezas, 1680.

27. Su texto reza así: «Novena de San Francisco Xavier, apostol de las Indias, revelada por el mismo Santo, con la qual han experimentado los fieles que la han hecho felizes y milagrosos sucesos en diversas ciudades de las Indias, de Flandes, de Italia, de Portugal, de Aragón de Valencia y de Cataluña, y en estos años se frequenta con mucha devoción y utilidad en Madrid, Sevilla y Ezija. Y ester presente año se ha dotado y comienza a celebrarse en la Santa Iglesia Catedral de Málaga con asistencia de su Ilustrísimo Cabildo, para alivio de las calamidades que se padecen en este siglo, fecha de començar en el Colegio de la Compañía de Iessus de esta ciudad de Granada desde el Viernes por la tarde ocho de Março, hasta el Sábado diez y seis

del mismo mes. Estas nueve tardes se ha de hazer la novena. Avrá cada tarde plática de los milagros y favores que San Francisco Xavier ha hecho a sus devotos. Hase de rezar antes el rosario de la Virgen Santísima delante del altar del Santo, pidiéndole todos el alivio de las necesidades comunes y cada uno en particular aquello de que más necesitara. Para conseguirlo, con mucha devoción se ha de confesar y comulgar el primero y último día de la novena y no pudiendo bastará cualquiera de los nueve días. (Fuera de la orla) En Granada, en la imprenta Real de Francisco de Ochoa, en la calle de Abenamar. Año de 1680». Biblioteca Universitaria de Granada. A-31-126.

28. Curioso por demás fue el caso que ocurrió en Granada de haberse realizado numerosas procesiones y rogativas para que Dios mandara la lluvia que paliara una pertinaz sequía, y habiendo empezado a llover, los campos empezaron a anegarse de tal manera que hubo de invertirse el sentido de la súplica, volviéndose a celebrar procesiones y actos para pedir que dejara de llover. En el tantas veces citado *Anales de Granada*, de Henríquez de Jorquera hay numerosas referencias a estas rogativas. Al caso granadino y la conversión de su espacio urbano en un continuo discurrir procesional, alude OROZCO PARDO, José Luis. *Christianópolis...*, especialmente 1.3.1.

29. La tercera cédula o anuncio corresponde a una convocatoria de novena a San Francisco Javier como protector contra la peste, cuya intervención ya se había mostrado providencial en anteriores epidemias en Nápoles, Pamplona y Murcia.

30. Carta autógrafa conteniendo una descripción de la misión apostólica que hizo el Colegio de San Pablo..., con ocasión del horrible temblor de tierra sucedido en dicha ciudad, miércoles 9 de octubre a las 7 de la mañana de 1680, y de sus causas y efectos. Biblioteca Universitaria de Granada. A-31-126 (15). Referencias a la especial promoción artística de Pedro Montenegro puede verse en *Historia del Colegio...*, p. 380 y ss.

31. *Historia del Colegio...*, p. 331.

